



EL FIN DE UNA RAZA.

I.

Nos despedimos de él diez y seis años há, y ya era viejo entonces. Iba Muelle arriba, descollando su gigantesca arboladura sobre un enjambre de pescadoras y granujas que le rodeaban. Gemían unas, suspiraban otras, y se secaban los ojos muy á menudo con la orilla del delantal, ó con el dorso de la mano, mientras hormigueaban entre ellas los muchachos con el escozor de la curiosidad. Hablaba él con todos sin mirar á nadie, forjando los secos razonamientos á empujones, como si derribara las palabras de sus hombros y les diera el acento con los puños. Quien sólo le viera y no le escuchara, tomárale por fiero capataz de un rebaño de esclavos, y no por el paño de lágrimas de aquella turba de afligidos.

En tanto, cerca del promontorio de San Martín, balanceábase un buque del Estado, arroján-

do de sus entrañas de hierro, entre sordos mugidos, espesa columna de humo que el fresco Nordeste impelía hacia la ciudad, como si fuera el adiós fervoroso con que se despedían de ella, y de cuanto en ella dejaban, quizá para siempre, agrupados junto á la borda, los valientes pescadores santanderinos, arrancados de sus hogares por la última *leva*.

Yo la describí entonces con sus menores detalles, y los nombres de sus héroes llegaron más allá de las fronteras de su tierra patria, no por virtud del artista que trazó el cuadro, sino por la importancia del sujeto de él. Pero de todos aquellos nombres, ninguno sonó tan recio como el de *Tremontorio*, el arisco y hercúleo marinero del Cabildo de Abajo, curtido por todos los climas y batido por todos los mares del mundo. Esta preeminencia, y alguna razón de arte, que se expondrá en sitio conveniente de este cuadro, me obligan á trazarle para que sepa el curioso lector qué fué de aquel castizo personaje desde que, en la apuntada solemne ocasión, se separó de él el último de los granujas que le habían rodeado, y solo y triste y refunfuñando, comenzó á subir lentamente los carcomidos é inseguros peldaños de la escalera de su casa.

Al llegar al fementido buhardillón en que le conocimos, trancó la puerta por dentro, sen-

tóse con dificultad sobre un casi invisible taburete de pino, cargó la pipa, encendióla, chupó; y cuando espesas nubes de humo le envolvían la cabeza, la dejó caer entre sus nervudas, angulosas y curtidas manos, después de afirmar los codos sobre las rodillas. Así permaneció largo rato, oyendo los alaridos que de vez en cuando lanzaba la mujer del Tuerto en el buhardillón contiguo. Luégo notó que le llamaban, y gruñó al conocer la voz; pero, aunque de muy mala gana, alzóse del banquillo y salió al balcón. En el de la otra buhardilla le esperaba la mujer del Tuerto, con los párpados hechos ascuas, las greñas sobre los ojos, la cara embadurnada con la pringue de las manos disuelta en lágrimas, en mangas de camisa, desceñido el refajo y medio descubierto el enjuto seno.

Al ver á Tremontorio, comenzó á gemir y á echar por la boca preguntas y exclamaciones á torrentes, mientras revolvía el bardal de su cabellera con las puntas de los trémulos y crispados dedos de sus manos.

—¿Se fué el venturao de Dios?... ¡Mariduco de mis entrañas!... ¡Lloraba, tío Miguel?... ¿Sa acordó alguna vez de mí?... ¡Dígamelo, tío Tremontorio, que se me está partiendo el alma de pura congoja!... ¡Irá muy lejos?... ¿Volverá?... ¿Tardará mucho?... ¡Ay de mí, probel!...

¡Sola me dejó y sin arrimo!... ¡Hasta el de las inocentes criaturas me falta!... ¡Las que parí, tío Miguel, las que crié á mis pechos! ¡Me las han arrancao de casa!... ¡Bien sé yo quién!... ¡Bien sé yo por qué!... ¡Pero al otro mundo no ha de ir á pagarlo la muy sin vergüenza, cuentera y borrachona!...

Y en esto, miraba al balcón de su suegra, echando todo el desaliñado busto fuera de la balaustrada. Tremontorio no hacía más que contemplarla por debajo de sus cejas grises; pero ¡qué celajes los de su mirada! No la dulcificó el viejo marinero cuando la sardinera volvió á encararse con él; antes bien, cargó de nubes el ya tempestuoso cariz de su entrecejo, y por toda respuesta á tantas preguntas y declamaciones, largó á su vecina, á quema-ropa, con la voz de un cañonazo, esta sola palabra:

—¡Bribona!

En seguida viró en redondo, con la calma y la solemnidad de un navío de tres puentes, se encerró en su guarida, tendióse sobre el jergón, y así le cogió la noche.

También había vuelto del Muelle el tío Bolina, y encerrado estaba en casa con su mujer y sus nietezuelos, desnudos, sucios y medio atolondrados desde la despedida de su padre, el atribulado Tuerto.

Al ver la sardinera que por aquel día no ha-

bía modo de reñir con nadie desde el balcón, encerróse también en su caverna; sacó de un escondrijo una botella de aguardiente, bebióse cerca de la mitad; y cuando los vapores de aquel veneno comenzaron á adormecerla, acercóse balbuciente y con paso mal seguro á la sucia y fementida cama, y en ella se desplomó, revolcándose allí como cerdo en su pocilga.

II.

Cambié de observatorio, por razones que no le importan un rábano al lector, y durante tres años nada supe de estos personajes. Un día me llevaron mis recuerdos y mis inclinaciones á visitar la calle en que los había conocido. Busqué con afán la casa que habitaron; pero no dí con ella. En su lugar se alzaba otra flamante, con balcones de hierro y vidrieras con cortinillas. Ni rastros quedaban allí de la gente que yo iba buscando. Pregunté por ella á un antiguo convecino, y me dió estas noticias solas:

Al año de marcharse el Tuerto, que aún andaba en la Armada, murió de viejo su padre, el tío Bolina; y la viuda de éste, seis meses después, de soledad... y también de vieja. Entonces recogió la sardinera sus hijos, y desapareció con ellos de la casa y de la calle. Cuando

ya Tremontorio juzgaba excesiva la soledad de su buhardillón, pues la vecindad de Bolina era una necesidad para su alma, aunque él creía otra cosa, antojósele al propietario derribar la casa y construir otra capaz de más lucidos inquilinos; con lo cual, el célibe pescador trasladó sus penates á una bodega de la calle del Arrabal, donde vivía desde entonces, dedicando, como de costumbre, á hacer redes primorosas, todo el tiempo que le dejaba libre la lancha en que tenía una *soldada*.

Andando los meses, volví á verle en el Muelle, unas veces con el cesto de los aparejos al brazo y el *sueste* en la cabeza, de vuelta de la mar; y otras arrimado á las jambas de una puerta, silencioso y encorvado, como esas cariátides de la Arquitectura que sostienen bóvedas con las espaldas. Y no le ví más en mucho tiempo.

Ocurrió por entonces en España uno de esos acontecimientos que hacen raya en la historia de los pueblos; marejadas de fondo, como diría Tremontorio, cuyas ondas, bajo un cielo sereno, sin saberse en dónde nacen, son más impetuosas á medida que caminan; y llegan á la costa, y baten sus peñascos, y no hay entre ellos cueva, ni boquete, ni escondrijo donde la furia no meta su desgredada cabeza con pavoroso estruendo, ni puerto tan seguro que no

reciba sus espumas y sienta estremecerse el limpio cristal de sus aguas. Así se hizo sentir la fuerza de aquel acontecimiento excepcional, hasta en los hogares más apartados del calor de la política y de las pasiones de partido.

En otra parte he hablado yo del desdenoso estoicismo de los mareantes de Santander enfrente de la maravillosa transformación que venía verificándose en esta ciudad, así en lo moral como en lo material. El empuje de este vértigo reformista derribaba sus apiñadas viviendas y secaba los fondeaderos tradicionales de sus lanchas; pues se echaban al hombro los pobres harapos de su ajuar, buscaban otro agujero en que meterse con ellos y un nuevo sitio en que fondear sus embarcaciones, sin volver la vista atrás, ni dárselos una higa por todo el ruido y aparato de la nueva civilización que los iba acorralando poco á poco. Para ellos no había en el mundo cosa seria y bien ordenada sino la mar, y la mar la había hecho Dios con el exclusivo objeto de que pescaran en ella los matriculados. Esta mar, es decir, cuanto de ella abarca la vista de un marinero desde la punta de Cabo Mayor; sus celajes, sus pescados, sus brisas y sus tormentas; las *costeras* del besugo, del bonito, de la sardina; los asuntos del Cabildo; el escaso valer del *otro* (jamás hubo avenencia entre el de *Arriba* y el de *Abajo*),

y lo poco más que pudiera relacionarse con estos particulares, eran el mundo de estas honradas gentes. Todo lo restante no valía á sus ojos una *sula*. Fuera del gremio, no conocían á nadie en el pueblo; y de las diversas clases y categorías de éste, sólo citaban alguna que otra vez, pero como quien habla de cosas del otro mundo, á *los comerciantes del Muelle*. Así vivían apegados, desde tiempo inmemorial, á lo exclusivamente *suyo*; y en usos, traje, acento, y hasta lengua, fueron siempre en Santander lo que el peñasco en la mar: bello para el artista; un estorbo para los múltiples fines de las humanas ambiciones.

En tal estado de virginidad recibió esta gente las primeras noticias del acontecimiento de que íbamos hablando. No hay para qué decir que no hizo maldito el caso de él. Pero cuando, abiertas las válvulas á todos los pareceres y á todas las ideas, fué llegada la hora de echarse cada cual, á campo-travieso, en busca de terreno para alzar una cátedra en él, ¿qué *doctor*, por corto que fuera de alcances, no había de descubrir, á la primera mirada, el mejor de los terrenos para aquellos fines en la pura, tradicional, primitiva sencillez de la clase marinera? Así fué que, lloviendo sobre ella apóstoles de la flamante doctrina, comenzó á reblandecerse al son de tantos himnos y jaculatorias,

y acabó por quedar encantada sin saber de qué, como el hombre de las selvas al oír las melodías de una flauta. Desde entonces se lanzó, con la pasión de los niños en libertad, á balbucir palabras, que no entendía, del nuevo vocabulario político; á las *manifestaciones* públicas; al *club* y á las urnas electorales, siendo muy de advertir que en este entusiasmo iban siempre delante las hembras, las cuales hubieran llegado á emular las glorias de las *calceteras* de Robespierre, si las circunstancias lo hubieran exigido. Jamás se ha visto una transformación más radical ni en menos tiempo.

Sin embargo, no hubo medio de meter el diente á Tremontorio. Estaba fondeado á dos anclas en su puerto natural, y no había fuerzas humanas que le sacáran de allí.

—¡A predicar al limbo, tiña, que está lleno de inocentes!— decía á los catequistas que se atrevían á hablarle... desde lejos. — ¡Pero á mí!... Yo ya sé que si quiero comer tengo que jalar del remo y jugarme la vida en la mar seis veces á la semana... ¡Allí sus quisiera yo ver, tiña!

Si se le replicaba que precisamente para mejorar las condiciones del oficio era para lo que se le quería atraer al partido, añadía, hecho un veneno:

—Pamemas, tiña; que si tan bueno fuera lo

que tenéis á la mano, no vos acordaréis de ofrecérmelo á mí; sus lo guardárais para vusotros, retiña... ¡Si soy *mule* viejo!... ¡no vos canséis en calarme la sereña!

Y no mordía la *ujana*, el muy ladino.

En éstas y otras, presentósele un día el Tuerto con las manos en los bolsillos y la cara hecha un vinagre.

—¿De ónde vienes, tiña?—le preguntó el viejo mareante, abrazando con cariño, pero muy admirado, al aparecido.

—Del departamento—respondió el Tuerto.

—¡Del departamento! ¿Pus no mandaste carta de allá, hace ocho días, para mí, á Patuca, que sabe leer y escribir?

—Cierto.

—Pus ná me decías entonces de venir tan aina. ¿Cómo es eso, tiña?

—Porque al otro día de escribirle á usted se prenunció la gente de la freata.

—¡Tiña! ¿Y tú también?

—No, señor... pero me ví revuelto en la tremolina, sin saber cómo.

—¿Y á cuántos prenunciaos colgaron de las gaviás?

—A denguno.

—¡Retiña! ¿Cuándo se vió eso?... ¿Y serás capaz de venirte sin licencia?

—No, señor; traigo un pase.

—Pos ¿quién te le dió, cuando debieron haberte leído la sentencia de muerte?

—Un cabo de cañón y un terrestre de mucha sofama que mandaban allí.

—¿Y el señor comendante y los oficiales?

—Harto tuvieron que hacer con tomar puerto en la cámara, después de tumbar á media docena de prenunciaos.

—Pero, retiña, ¿cómo no te ahorcaron al saltar á tierra?

—Porque se tuvo por bueno el pase que me dieron á bordo, firmado por el terrestre.

—¿Y eres tú capaz de tomar cosa alguna de un terrestre que se mete á mandar en una freata de guerra?

—¡Pero si no había otro remedio, puño! y además, yo era ya cumplido, y de un día á otro tenían que despacharme.

—¡Con su cuenta y razón, tiña; no de ese modo!... ¡Un terrestre! ¡A la *Ferrolana* pudo haberse atracado él á repartir licencias cuando dábamos la vuelta al mundo! ¡Bien saben ellos ónde se meten!... ¡Harto será, tiña, que no te güelvan á llamar; porque la ley es ley, y el que la hace la paga, si no es hoy mañana!

—Pues, puño, con gol verme por onde vine... Así como así, pa ver lo que yo acabo de ver, morirse es mejor, cuanti más gol ver al servicio.

—¿Qué vistes, hombre?

—¡Lo último, puño; lo último que me quedaba que ver! Y créalo, tío Tremontorio: más me apesaumbra esto, que el venir con el pase del terrestre.

—Pero ¿qué vistes?

—¡Pásmese, hombre! Ahora mesmo, al pasar por el Muelle, he visto á la mi mujer vestida de comedianta, con un gorro á modo de pimiento, una casulluca con estrellas, y un pendón lleno de letreros, y más de un centenar de babiecas detrás de ella echando vivas, yo no sé á qué.

—Eso es de todos los días, hijo; y no te pasara si hubieras visto lo que yo voy viendo. Pero no tiene ella la culpa, tiña; que si no la pagaran por eso, no lo hiciera.

—¡Tarascona!... la he de romper los pocos huesos que la dejé sanos... Pero ¿y los hijos, tío Tremontorio? ¿Qué será de ellos con esa madre? Quiero ir ahora mismo á su casa para recogerlos.

—¿A su casa, tiña? ¿Ónde está ella? ¿Sabe naide si tiene casa la tu mujer?

—¿Pus ónde duerme, puño?

—Ónde le coge la *cafetera*, hijo; con el ite de que no la suelta dende que anda con esa arbolaura por las calles.

—¿Y los hijos?

—Los hijos, si no hay quien por caridá los

recoja á las puertas del Muelle por la noche, allí se la pasan á la timperie... Bien sé yo, tiña, quién los quita el hambre y los da abrigo muchas veces; pero uno no puede estar en todas partes, ni ellos acuden á uno siempre que debieran... Porque, retiña, la verdá es que se han hecho ya á la bribia; y por el carís que traen, van á hacer buena á su madre.

El Tuerto no quiso oír más, y salió de la bodega de Tremontorio, echando llamas por los torcidos ojos y maldiciones por la boca.

III.

Creía el valiente veterano de la *Ferrolana* que, aunque con trabajillos, lograría irse haciendo á los nuevos resabios del gremio, y vivir en paz, si no á gusto, los pocos años que le quedaban de vida; y por conseguido lo daba ya, cuando cayó sobre sus anchas espaldas el peso insoportable de un infortunio con que jamás había soñado. Este golpe de muerte fué la abolición de las matrículas y la supresión de los cabildos, decretadas por el Gobierno imperante.

Creyó volverse loco con la noticia, y tardó muchos días en tragarla por cierta. Cuando no pudo negarla, no le cabía en casa, y se larga-

ba á la ajena, ó al Muelle, á desahogar la ira con el primer camarada que hallaba á sus alcances.

—No hay otro remedio que tragarlo, tío Tremontorio—le decían otros pescadores un tanto desengañados; pues cuando pidieron, por extrañas sugerencias, la abolición de las matrículas con el fin de verse libres de las levadas, nadie les dijo, ni ellos lo cavilaron, que al desprenderse de una carga tan pesada, perdían, en consecuencia, el monopolio del mar y del puerto, que era la recompensa de ella.

—¡Que no hay otro remedio!—exclamaba Tremontorio, haciendo crujir los puños.—¡Eso lo veremos, tiña! ¿Quién lo ha mandao?

—El gobierno de arriba.

—¿Quiénes son esos gobiernos pa meterse en la hacienda de los mareantes? ¿Qué saben ellos de cosas de la mar?

—El que manda, manda, tío Tremontorio.

—¡No en mi casa, tiña!

—Pues la ley es ley ahora y siempre.

—¡Por eso mesmo: á la ley me agarro, y viva la de nusotros!

—Pero una ley mata á otra, y la nueva es la que vale.

—¡En lo terrestre, pase; pero no en lo de la mar!

—Pero, hombre, y después de bien desa-

minao, ¿qué vale too ello? Y aunque valiera, si nos quitan las levadas...

—¡Las levadas... retiña! Siempre las tenéis delante de los ojos pa espantarvos el sueño... Dos me cogieron á mí, y vos digo que no me pesa ahora que salí de ellas... Más debiera espantarvos esto otro... Sí, señor, tiña; y ciegos sois si no lo habéis visto bien claro. Con esa orden de arriba, se dice «abro la puerta á la mar»...; y allá voy yo, y allá vas tú... y allá van ellos, ¡tiña!... porque detrás de nusotros podrá ir, con la ley en la mano, el raquero del Puntal, el chaluquero de las Presas y toos los tiñosos de la costa de la badía... Y esto no lo aguanto yo, retiña; que la mar se hizo pa los hombres que deben andar en ella y han andao siempre. ¿Ónde se ha visto que la gente del *muevgo* sea quién pa dir conmigo á la pesca de altura?... Vos digo que no tendréis vergüenza si vos dejáis igualar por esa grumetería... ¡Pos dígotelo al respetivo de lo de los cabildos! ¿Qué semos ya los mareantes sin ellos? ¿Aónde vas tú? ¿Aónde voy yo, que valgamos dos *luciatos*? Quiere decirse, tiña, que, de hoy palante, tanto da ser callealtero como de nusotros... toos seremos unos... ¡Pa ellos estaba, retiña!

—Too eso está muy bueno; pero considere que está escrito en ley allá arriba, y que de ná sirve lo que nusotros estipulemos acá abajo.

—Ya verás si sirve, tiña. Por de plonto, sepan esos gobiernos que Tremontorio no güelve más á la mar con esa ley.

Y no volvió el testarudo veterano. Las redes le dieron para casa y pan, y el canon de su lancha para compañero. Pero advirtió, andando el tiempo, que, á pesar de la nueva ley, la mar no había sido profanada por los *anfíbios* de la costa de la bahía; y como además se aburría mucho estando siempre en tierra, y la mar le *jalaba* como de cosa propia, resolvióse á estudiar el punto más á fondo, por si podían conciliarse su tesón y sus deseos. La nueva ley abolía, es cierto, la antigua matrícula; pero exigía, en cambio, una inscripción que daba á los inscritos privilegios parecidos á los que tuvieron los matriculados; y en cuanto á los *cabildos*, también quedaba algo, á modo de *gre-mio*, para sustituirlos.

No le llenó el ojo nada de esto á Tremontorio; pero, al cabo, era algo que ponía centinelas á la puerta de la mar; y como además le ponderaron mucho las *ventajas* sus compañeros de fatigas, y él tenía grandes deseos de conformarse, conformóse, aunque á regañadientes, y volvió á su lancha.

Para entónces, los diez años corridos desde que le conocimos en *La leva*, ya sesentón, habían hecho honda mella en su persona. Esta-

ba más encorvado, más flaco, algo trémulo, y con la greña, las patillas y las cejas enteramente blancas, muy ásperas y muy largas. Pero su vestido, como su carácter, era el de siempre: el mismo gorro catalán, la misma camisa de bayeta verde sobre la de estopa interior, los mismos calzones pardos de ancha campana y amarrados á la cintura con una correa, y los mismos zapatos, sin tacones y sin lustre, sobre el pie desnudo.

Consigno este dato, porque á la sazón no era ya este traje el característico del oficio. En los años pasados desde el consabido acontecimiento, la gente marinera había ido confundiendo-se en todo cõn la terrestre, así en ideas como en hábitos y costumbres. Lo cual no dejaba de exasperar á Tremontorio, y dábale á menudo ocasión de fulminar sus embreados apóstrofes sobre los *pinturines* pescadores que caían por su banda.

En una de estas ocasiones le ví yo en el Muelle. Estaba hecho una tempestad, en medio de un grupo heterogéneo y abigarrado, aunque se componía exclusivamente de marineros. La verdad es que, siendo Tremontorio el único que se hallaba en carácter allí, y, como si dijéramos, en su propia casa, parecía el intruso y el pegadizo entre tantos degenerados.

—Ya se ve, tiña—decía cuando yo pasaba,